COMEDIA EN PROSA.

LOS VIAGES DEL EMPERADOR SEGISMUNDO, Ó EL ESCULTOR, Y EL CIEGO.

EN QUATRO ACTOS.

TRADUCIDA POR DON DOMINGO BOTTI.

PERSONAS.

El Conde de Stembergh, Intendente de Postas.
La Condesa de Valsingher, viuda.
Baronesa Stolen.
Baronesa Wiltz.
El Baron Wolfen.
El Baron Splinn.
El Cavallero Brom.
El Emperador Segismundo, incognito.
El Baron Naiman, Presidente de la Sociedad.
Odoardo, hijo del Presidente y casado de secreto con
Luisa, hija de
Egidio, Escultor.
Lucia, criada de Egidio.
Fernando, ciego, hermano de Egidio.
Cafetero.
Un Correo.
Niño 1.º de 12 años. } hijos de la
Niño 2.º de 10 años. } Condesa.
Damas. } que no hablan.
Cavalleros. }
Dos Comparsas mozos de Café.

ACTO PRIMERO.

Café con puerta al foro por la que se dexa ver una gran Plaza.

SCENA I.

El Conde de Stemberg, y el Cafetero.

Conde. ¿Que significa aquella gente amontonada delante de la casa de Postas? *Figura verlo por la puerta.*
Cafet. Lo podeis imaginar. Como en uno de estos dias se espera al Emperador...
Cond. Cada silla de posta que llega, pone en movimiento á todo el pueblo. Esta mañana llegó un charlatan muy bien vestido, y todos creian fuese algun Cortesano. Ahora acaba de llegar un Oficial en un calesin descubierto, todo lleno de polvo, y las gentes le atosigan con mil preguntas.
Caf. ¡ Qué locos !
Cond. El deseo del pueblo de ver á su Soberano, á quien ama, y la curiosidad, producen estos efectos, ocasionan las repetidas y freqüentes visitas, las equivocaciones, y la impaciencia.
Caf. Aquí viene el Oficial, que ha llegado poco hace segun dixisteis.
Cond. Es de los nuestros. Lleva la divisa celeste como los Dragones de S. M. *Mirando hácia la calle.*
Sale el Emperador de incógnito, vestido



de Oficial: se detiene á la entrada, y dice:

Oficial. Perdonad: es esto Café?

Caf. Si Señor, y yo soy su dueño.

Ofic. Hacedme la gracia de un vaso de agua.

Caf. Al instante. *vase.*

Ofic. Beso á Vm. las manos. *Al Cond.*

Cond. Dios os guarde.

Ofic. ¿Sois de esta ciudad?

Cond. Para lo que gusteis mandarme.

Ofic. Decidme, por favor: ¿ Quantas leguas se cuentan desde aquí á los confines de Italia?

Cond. Seis leguas Alemanas.

Ofic. ¿ Que hora tenemos segun uso del país?

Cond. Las cinco de Francia, que corresponden á las veinte y quatro.

El Emperador saca su relox, y hace que lo pone en hora. Sale el Cafetero con un vaso de agua, la que bebe el Emperador, despues saca la bolsa, y le da una moneda.

Caf. Señor, no vendo el agua pura, si café y demas bebidas.

Ofic. Cobraos, y despues traedme café.

Caf. ¡ Un cequin! raras veces se ven por *Mirando la moneda.* aquí; y dudo tener suficiente para el cambio. *vase.*

Ofic. Perdonad, señor, y decidme: ¿como va esta direccion?

Cond. ¿De qué?

Ofic. En Gratz, de donde he salido, no habia caballos de posta: aquí tampoco: ¿ que desórden es este? Yo quisiera proseguir mi viage.

Cond. Será dificil.

Ofic. ¿ Porqué?

Cond. Os habrán dicho que se espera al Emperador, y todos los caballos están embargados para él y su sequito.

Ofic. Me persuado que con pocos tenga bastante.

Cond. Será, segun decís. No ignoro que es un Señor que por lo regular viaja de incógnito, que no gasta pompa, que enseña á los grandes á minorar su fausto, y la incomodidad de sus Vasallos; sin embargo el buen órden, y el respeto que se le debe...

Ofic. ¿Se halla en esta ciudad el Director de las Postas?

Cond. Si señor.

Ofic. Desearia hablarle.

Cond. Yo lo soy, para serviros.

Ofic. Vos sois el Conde de Stembergh?

Cond. El mismo.

Ofic. Vuestra política corresponde perfectamente al carácter, que de vos me han pintado.

Cond. ¿Quién?

Ofic. Un Cavallero de Gratz, del qual recivi ayer mil atentas expresiones en su propia casa. Por esta carta vereis...

Saca el Emperador una carta, se la da al Conde, quien abre y dice.

Cond. Con vuestro permiso... *Lee* " El
„Dador de esta carta es un distingui-
„do personage, al que conoci por ca-
„sualidad... Se dignó de honrar mi
„casa, y aunque ha sido corto nues-
„tro trato, le tengo por el hombre
„mas amable por sus modales y es-
„píritu. Bien sabeis que rara vez me
„engaño en conocer á los hombres:
„viaja por recreo: no os arrepentireis
„de favorecerle, y podeis hacerlo sin
„algun recelo, en quanto se le ofrez-
„ca, y os quedará igualmente reco-
„nocido que vuestro fino amigo. " El Vizconde Wesfel. = Celébro gozeis la la mas completa opinion de mi amigo el Vizconde.

Ofic. Igualmente deseo merecer la vuestra.

Cond. Ya la teneis grangeada. Mandadme, que yo haré por mi parte quanto sea dable en favor vuestro,

Ofic. Solo deseo una cosa de vos.

Cond. ¿ Qual es?

Ofic. Dos caballos de posta para seguir mi viage.

Cond. Señor, me pedís cabalmente la única cosa en que no puedo serviros. Sois soldado y sabreis mejor que yo lo que es la subordinacion á las órdenes superiores. Tengo la de vigilar que no

se dén caballos á nadie hasta nuevo aviso. Creo respetareis mis deberes, y no pretendereis que falte á mi ministerio.

Ofic. De ningun modo, pero este caso me incomoda muchísimo.

Cond. No obstante todo se puede remediar.

Ofic. ¿De que forma?

Cond. Yo tengo dos preciosos caballos, y un buen coche. Ni aquellos, ni este se hallan dedicados al cuidado del Govierno, y los destino para serviros de ellos à vuestro gusto.

Ofic. Señor... *Cumplimentandole.*

Cond. Sin cumplimientos.

Ofic. Soy demasiado atento, y os repito las debidas gracias por vuestra expresion; pero siempre que hago algun viaje, mi deleite es correr mucho.

Cond. Mis caballos corren lo bastante.

Ofic. Repito mi gratitud; pero quando no los puedo tener de la posta, no acostumbro incomodar à nadie. Esperaré.

Cond. En este caso os suplico admitais el corto obsequio de mi casa.

Ofic. Deseo vivir con libertad. Además, que he dado órden en la posada de postas paraque se me preparen dos quartos. Sin embargo os quedo agradecido.

Cond. ¿No quereis absolutamente hacerme el honor de emplearme en algo por vos?

Ofic. Sola una gracia os he de merecer.

Cond. Disponed.

Ofic. ¿Hay Tertulias en este país?

Cond. Una hay que se considera la mas distinguida, por ser toda compuesta de Cavalleros, los quales se juntan en un parage destinado á este efecto.

Ofic. ¿Y esta noche la hay?

Cond. Continuamente; y con motivo de esperar al Emperador, hay un magnifico aparato dispuesto, al que resuelven convidarle en caso que se detenga algunas horas.

Ofic. Tendria especial gusto, pues he de esperar, de ser introducido en ella.

Cond. Yo haré quanto sea dable por serviros. El paraje de la Tertulia no dista mucho de aquí, y ahora mismo voy (si me lo permitís) à hablar á vuestro favor.

Ofic. ¿A hablar en mi favor? ¿Pues que es tan dificil la introduccion de un Cavallero decente?

Cond. Os diré: estamos en un pequeño pais en el que cada uno pretende hacerse mas de lo que realmente es: y las preocupaciones están mas arraigadas aqui que en otra parte.

Ofic. ¿Como?

Cond. Escuchad. Nuestra nobleza es muy vanidosa, y teme envilecerse si se aproxîma á alguno que no sea título, y desafia á los mas nobles del universo á igualarla.

Ofic. Y en efecto ¿son de la mas esclarecida nobleza?

Cond. Ellos lo dicen y lo creen: y aquí son dueños de su opinion; pero vos siendo discreto, conocereis que el fausto, y la impostura, son indicios de una alma pequeña y de poco fondo, y que la verdadera nobleza es franca, generosa, y sin preocupacion, y no necesita de estos miserables medios para distinguirse, engrandecerse y hacerse estimar.

Ofic. Segun vuestro discurso comprendo que la nobleza que gozan los que forman la tertulia, es quimérica.

Cond. La mayor parte son sugetos poderosos, que no ha mucho tiempo se han separado del comun del pueblo por medio de ciertos Diplomas que se consiguen por algun mérito, ó mas bien por el dinero. Estos en corto tiempo se han ensobervecido y se han hecho Condes y Barones. Sin embargo de que algunos de ellos conservan en las manos los callos que adquirieron en sus oficios. Entre ellos hay algunos que tienen una serie de ascendientes nobles, y de una sangre limpia; pero son muy discretos, humanos, bondadosos, y

se rien del engreimiento de sus nuevos compañeros.

Ofic. Vuestras expresiones excitan en mi un nuevo deseo de conocerlos. Hacedme esta gracia.

Cond. Esperadme aquí, que al momento buelvo. *vase.*

Ofic. Este es el único estado que me place: observar y ver todo lo que puedo sin darme á conocer. Exâminar por mi propio los vicios y virtudes de los hombres, es el objeto de mis cuidados.

Entra la Condesa de Valsingher servida por el Cavallero Brom.

Condesa. ¿Juzgais que à estas horas habrá alguno en la tertulia?

Brom. Falta bien poco para anochecer, y no es malo anticiparse. *El Oficial saluda y le corresponden mudamente.*

Condes. ¿Y de que sirve ser los primeros? Esperemos un rato aquí.

Brom. Como gusteis... Ehi? *llamando.*

Sale el Cafetero. ¿Que mandais, Señorés?

Brom. Dos medias limonadas.

Caf. Al instante. Cavallero, no me he olvidado de usted. *al Ofic.* luego le traeré el café. *vase.*

Condes. Este parece un Oficial forastero.

Brom. Varios dias se ven pasar Oficiales, y Correos con motivo del viage del Emperador, y no acaba de llegar.

Condes. ¿Sabeis quien es el Emperador? No es amigo de comodidades ni de delicadezas: es capaz de llegar de improviso, y quando menos se crea.

Brom. Nuestros Cavalleros se lisongean de que S. M. honre nuestra Academia. A lo menos el Presidente lo asegura.

Condes. Ahora que hablais del Presidente, ¿es cierto que su hijo se ha desposado con la hija de Egidio el Escultor?

Brom. Si señora.

Condes. ¿Y su padre que dice?

Brom. Está desesperado porque su hijo ha cometido semejante baxeza.

Condes. ¿Como baxeza?

Brom. Pues no lo es casar un hijo de un *con realce.* Baron, con la hija de un Estatuario? *con desprecio.*

Condes. ¿Os olvidais que ese hijo de un *remedandole.* Baron, es sobrino de un Taonero, y que su nobleza dimana de un molino?

Brom. Yo no me acuerdo de cosas remotas, y solo me atengo à lo presente.

Condes. De este modo, ¿no os acordareis que vuestro Padre era un revendedor de cerveza? y sin embargo (hablando con todo respeto) vos sois Cavallero.

Brom. ¡Bueno! Vuestra diversion es zaherir à la nobleza.

Condes. Tengo el grande defecto de acordarme de las épocas pasadas, y de hablar con verdad.

Entra el Cafetero con dos mozos que el uno trae las limonadas, y el otro el cafè, y cada uno se dirige al suyo.

Caf. Aquí está la limonada... Señor. Ahí teneis el café. *al Oficial.*

Ofic. Perdonad mi curiosidad. ¿Quienes son aquellos señores? *al Cafetero*

Caf. Cavalleros del país. *La Condesa, y el Cavallero Brom se disponen para beber el Oficial debuelve la taza quedandose con el platillo para beber de él.* ¿Que no os gusta? tiene alguna falta?

Ofic. Está excelente; pero nunca bebo mas que una taza.

Caf. Ahora os traeran el cambio.

Ofic. No lo admito: disponed de él à vuestro gusto.

Caf. ¿Un cequin por un café?... Yo estoy aturdido.

Brom. Tened. *al Cafetero.*

Caf. Allá voy.

Brom Está muy mal hecha esa limonada.

Caf. Estos señores en todo hallan faltas, y luego pasa un mes y mas sin pagarme. *aparte.*

Brom. ?Quien es aquel Oficial? *por lo bajo.*

Caf. Señor, yo no cuido de indagar lo que no me toca, por tanto lo ignoro.

Entra Odoardo con inquietud y se dirige al Oficial, y le dice:

Odoar. Perdonadme, Cavallero, la li-

bertad: si me lo permitis, gustaria deciros una palabra.

Ofic. Os escucharé de muy buena gana.

Odoar. Pero ha de ser con reserva y sin testigo.

Ofic. Como gusteis. *Se levanta y se retiran á un lado.*

Brom. Mirad: el hijo del Baron habla con el Oficial: sin duda le conocerá.

Condes. Puede ser.

Ofic. Me parece que estais muy agitado.

Odoar. Me asiste suficiente motivo para ello.

Ofic. Explicaos.

Odoar. Repito que perdoneis mi osadía: ¿sois acaso del sequito del Emperador?

Ofic. Yo no soy del sequito de nadie: tan solo me sigo á mi mismo.

Odoar. ¿Sabeis al menos si pasa por aquí, y quando?

Ofic. ¿Para que lo deseais saber?

Odoar. Para echarme á sus augustos pies, é implorar su clemencia.

Ofic. ¿Porque motivo?

Odoar. Porque me interesa tanto como mi vida.

Ofic. ¿Quien sois?

Odoar. Soy hijo de un padre que quiere prefiera á mis deveres los principios quiméricos de su nobleza... pero es inútil contaros mi situacion, si no podeis ayudarme.

Ofic. ¿Quien sabe?... sosegaos... Todo es posible... Quizá puedo daros luces... Me pareceis un jóven honrado, y quizá... ¿Quereis fiaros de mí?

Odoar. ¡Ah, Señor! Yo recurro á todos los buenos. Si sois vos, como lo creo, uno de ellos, no tengo la menor dificultad en manifestaros mis cuidados.

Ofic. Atended. Ahora no tengo suficiente tiempo, ademas que pretendo evitar que nos vean. Tomaos la molestia de venir esta noche á la posada de las postas à las diez, y si no estubiese esperadme. Os prometo, y aún aseguro, que si vuestra situacion merece favor, no me habeis hablado inútilmente.

Odoar. Vos animais mis esperanzas. Iré sin falta, y allí lo sabreis todo. Mi corazon me anuncia que vos teneis conexion con el Emperador, y que el cielo os ha traido aquí para mi consuelo.

Ofic. Suspended vuestra imaginacion. Yo no soy lo que pensais, pero si amigo del honor, y conozco el verdadero camino de protegerlo; idos.

Odoar. De todos modos soy vuestro, y espero con impaciencia el feliz instante... *vase.*

Condes. Cavallero, vos sois mas antiguo *acostandose.* aquí de lo que yo creia.

Ofic. Madama, ¿Porqué?

Condes. Veo que conoceis alguno de los nuestros. *mirandole.*

Ofic. La casualidad lo ha dispuesto así.

Condes. ¿Venis de Viena? *mirandole con mayor atencion.*

Ofic. Si señor.

Brom. ¿Podriais darnos algunas noticias?

Condes. Cavallero Brom, reparad...

Brom. ¿En que?

Condes. Este señor Oficial tiene un ayre... á la verdad se asemeja al Emperador.

Brom. Ah, ah, ah, ¡al Emperador!... Este es el acostumbrado golpe de adulacion... Quando se pretende elogiar á alguno, se compara su fisonomía á la de algun grande.

Condes. No tengo necesidad de adular *con enfado á Brom.* á nadie, y mucho menos á este Cavallero, pero à mis ojos se le parece.

Ofic. ¿De donde deducis eso?

Condes. De un retrato que tengo en casa.

Ofic. ¿Vos os burlais?

Condes. No me burlo... Vuestra fisonomía, el peinado...

Brom. Condesa, no seais así; que tiene de estraño el peinado para...

Condes. Callad. Quiero decir lo que me agrade: vos no sois mi Mentor. *con enfado.*

Ofic. Vos la habeis desazonado, y me

habeis privado de oir la comparacion que lisongeaba sensiblemente mi amor propio.

Brom. Siendo así, os dexo en libertad, pero espero se servirán avisarme quando se concluya la comparacion agradable. *se retira á sentarse.*

Condes. ¡Que impolítico! Me dexa sola y se hace ridiculo.

Entran el Conde de Stembergh y el Baron Naiman Presidente.

Cond. Perdonad, Señor, mi demora. Aquí teneis al Presidente de la noble Asamblea, que ha querido venir conmigo, y desea conoceros.

Pres. Beso á Vm. la mano.

Ofic. Señor, este es demasiado honor. Mi solicitud, Señor, es pasar una hora en su tertulia, sino hay inconveniente.

Presid. Por mi parte haré quanto pueda. Pero deseo saber que estado tiene usted. Me hallo encargado de sostener nuestras constituciones, évitando todo abuso.

Ofic. Está muy puesto en razon.

Presid. Con que así dignese Vm. de decirme quien es.

Ofic. Un Soldado.

Presid. Eso ya lo veo. ¿Pero quales son sus títulos de Vm.?

Ofic. Los de un Soldado.

Presid. No bastan: es preciso alguna graduacion, una distincion...

Ofic. Aquí la teneis.

Presid. ¿Donde?

Ofic. En este uniforme respetado por todos los vasallos del Emperador.

Presid. ¿Sois oficial graduado?

Ofic. Soy Soldado.

Presid. Pero es preciso algun grado mas, para satisfacer á mis compañeros.... algun distintivo...

Ofic. Miradle. *descubre el pecho.* Aquí teneis dos heridas adquiridas en la batalla de Inspruch. Haced presente su mérito á la noble Junta, y decidla que entre tanto que se divertia, yo adquiria estos grados de nobleza, defendiendo sus hogares, bienes, y vidas.

Presid. En tales casos qualquier soldado puede decir lo mismo: pero à bien que si él nos sirve, nosotros le pagamos.

Ofic. ¡Bien! Es respuesta verdaderamente digna de un Cavallero como vos. *con ironia.*

Presid. Con que en suma, no teneis mas que decirme?

Ofic. ¿Pues no es suficiente?

Presid. No; y así no puedo admitiros.

Cond. Reflexîonad...

Presid. ¿Que he de reflexîonar?... Vos no lo ignorais: sino es título, ó al menos Capitan, no tengo arbitrio, ni puedo derogar los principios. Lo siento; pero no puedo serviros en la admision. A Dios. *vase.*

Brom. ¡Quanto me alegro!

Cond. Esto es un agravio, que se hace á mi persona. *alterado.*

Ofic. No os altereis: yo lo sufro y me rio.

Condes. El Presidente es muy vano.

Ofic. Segun veo, esta será una sosiedad de los mas grandes del Reyno?

Condes. De grandes bestias.

Brom. Condesa, ¿como hablais?

Ofic. No os altereis por mi causa. Yo respeto las convenciones, y de nada me ofendo.

Condes. Con ingenuidad: ¿teneis gusto de venir á la tertulia?

Ofic. Si pudiera ser impunemente, os confieso que este acaso me ha excitado un vivo deseo.

Condes. Dadme el brazo, y venid.

Ofic. Y si despues...

Condes. Despues, ¿quien será el osado que os insulte en mi presencia?

Ofic. Esta si que es perfecta dama y de ilustre sangre.

Condes. Soy viuda de un oficial, y en los agravios que se hacen à un soldado me intereso.

Ofic. Celébro haber encontrado tan buena protectora,

Condes. ¿ Quereis venir ó no?

Ofic. Suceda lo que quiera : à vuestro gusto cedo.

Condes. Favorecedme.

Ofic. Yo soy el favorecido, y os sirvo con el mayor gusto.

le da el brazo y se van.

Brom. ¡ Brabo! ¡ viva! Se ha olvidado de mí. ¡Ingrata! Aseguro vengarme de tal injuria; voy á adelantarme y contar este caso á la noble sociedad.

ACTO SEGUNDO.

Magnifico Salon con mesas de juego : dos luces en cada mesa, y muchas sillas: aparecen el Baron Volfen, y la Baronesa Stolen sentados á una mesa: la Baronesa Stolen está leyendo: en otra mesa la Baronesa Wiltz con el Baron Splinn, y otras varias Damas y Cavalleros, como en tertulia, conversando, y jugando.

Despues de una pausa.

Volfen. Suplicoos me digais, si habeis venido á leer, ô á conversar.

Stolen. Callad.... al instante estoy con vos. Este libro es muy estimable, es

le cierra y le guarda.

mi única delicia : le mandé traer de Viena, y es un pequeño tesoro.

Volf. Frioleras.

Stol. ¿ Le habeis leido?

Volf. Yo no: quando abro algun libro me molesta y me incita al sueño.

Stol. ¡Oh! os privais de un grande gusto. Yo siempre llevo conmigo alguno, y quando tengo algun momento libre me pongo à leerle. Este quizá le he leido veinte veces, y lo mismo hago con los demás, y los prefiero si tratan de filosofia.

Volf. ¡ Gran palabra!... *ap.* Esta apenas sabe leer, y ha aprendido á ser filosofa, y yo que he estudiado quatro años soy un asno con albarda.

Stol. La filosofia es mi única pasion.

Volf. ¿Y de que filosofia trata este libro?

Stol. Basteos saber que enternece y arranca las lágrimas ; principalmente quando trata de los amores del Cavallero de la muerte. Aquí, aquí se aprende el cariño, la estimacion, y servidumbre que los antiguos Cavalleros andantes daban á sus Damas. En fin es un libro que deberia servir de modelo á todos los hombres.

Volf. Baronesa, que decis? ¿con que es un libro de filosofia, y trata de amores?

Stol. Y que ¿son acaso incompatibles la filosofia y el amor? Tened entendido, si no lo sabeis, que este es la parte esencial de aquella, y que no puede ser perfecto filosofo, quien no sepa amar.

Volf. Ahora comprendo el motivo por que no tengo dicha con las damas.

Stol. Aprended la filosofia, y todas os amarán.

Volf. Quedo enterado.

Splin. ¿Habeis oido quantos disparates ha dicho la Baronesa?

Wiltz. Tiene fanatismo de que es literata, y ensarta mil necedades.

Splin. Merece indulgencia. Sus principios... su educacion...

Wiltz. Digna de sus ascendientes. Manejaban la vigornia y el martillo en lugar de libros.

Splin. Callad, callad. No se hable de materias melancolicas... ¿ Que es esto? somos muy pocos esta noche?

Volf. Aún es temprano : además que con motivo de esperarse al Emperador nuestras damas estarán adornandose en el tocador.

Wiltz. Por eso yo no lo uso: mas vale un poco de gracia, que todas las composturas del mundo. Naturaleza, naturaleza, y *sanfason.*

Volf. ¡Oh! No todas tienen el modo de pensar que la Señora Baronesa Wiltz.

Wiltz. Por que son muy feas, Señor Baron Splinn, y quieren desmentir sus defectos.

Stol. Oíd: ¿ no veis como critica à las

demás? ¡qué loca! Ella está empeñada
á Volfen.
en que es hermosa, y parece el retrato de un plenilunio.

Volf. Cuidado no os oiga.

Stol. Yo soy ingenua.

Volf. ¿Y esa ingenuidad es tambien un ramo de filosofia?

Stol. Si señor: en este mundo todo es filosofia.

Volf. Viva pues la murmuracion filosofica.

Splin. Aquí viene el Presidente.

Sale el Presidente.

Stol. ¿Quien es el forastero que desea el honor de venir à nuestra tertulia?

Presid. Lo ignoro. Me admira que el Conde me propusiese un personage incógnito.

Wiltz. ¿Lo habeis admitido?

Presid. ¡Qué! ni pensarlo.

Wiltz. ¿Y con que título pretendia...

Presid. ¿Que se yo? El juzgó abrirse camino con una brabata al estilo militar. Yo le pedí pruebas convincentes de su nobleza y condicion, y no supo responderme.

Stol. ¿Que, no es Cavallero?

Presid. Es un oficial de fortuna, al que en las pasadas guerras un cañonazo favorable le habrá proporcionado la vacante: algun sargento ascendido á oficial por rara casualidad.

Wiltz. No hay la menor duda de que quando no alegó algun noble rasgo de parentela, ó título suyo, será así.

Stol. Habeis procedido con cordura en no admitirle.

Wiltz. Juguemos.

Stol. Los cientos es mi juego favorito.

Wiltz. Cara á cara me divierto mas.

Stol. Sea como gusteis, con tal de no gritar.

Wiltz. ¿Que decis? yo soy docil como un corderito.

Presid. ¡Que inquietud padezco, desde que me han dicho que mi hijo vuelve á casa de su enamorada! Es preciso cortar este trato, y castigarle.

Sale el Cavallero Brom.

Brom. Señores, traigo una gran novedad.

Stol. ¿Qual es?

Brom. A nuestro pesar tendremos aquí al oficial extrangero.

Pres. ¿Como?

Brom. La señora Condesa pone en ridiculo nuestra circunspeccion. Asida de su brazo le conduce muy ufana y satisfecha de su desprecio para con nosotros, y de su proteccion para con él.

Wiltz. ¡Brabo!

Presid. Este es manifiesto agravio á todos, y una ofensa á mi carácter.

Volf. La Condesa se arroga demasiadas facultades, y no guarda respeto, ni subordinacion.

Stol. Añadid que es fatua. Quando ve oficiales ú extrangeros, luego se agrega á ellos, y pretende darles á conocer sus gracias.

Wiltz. No sabe sostener su grado.

Stol. No tiene reserva alguna.

Wiltz. Desestima su propio decoro, y no sabe portarse como Dama.

Splin. Eso no es verdad.

Wiltz. Que, ¿quereis desmentirme?

Stol. Señora, teneis razon: no estima su decoro, ni se porta como Dama.

Presid. De ningun modo permitiré su libertad; ni consentiré que el oficial entre en esta sala.

Stol. ¿Que quereis hacer?... Aquí es preciso reportarse, usar mucha politica, y no exponerse.

Wiltz. Conoceis los Militares. Una sola palabra les es suficiente para desenbainar la espada, y no es regular exponeros á que os mate.

Presid. ¿Que haremos pues?

Stol. Dexadme gobernar à mi este lance.

Presid. Bien.

Stol. Si quereis que nos venguemos, hemos de estar todos quietos sin movernos de nuestra silla: en fin, miradme à mi, executad lo mismo que yo, y no temais.

Presid. Pero yo me hallo tan irritado que...

Stol. Esta sola vez dexadme hacer á mi, y quedareis satisfechos.

Wiltz. Aqui vienen.

Stol. Callad, y nadíe responda: cada uno á su silla, y finjamos que no los vemos. *todos se sientan, y hablan unos con otros sin hacer caso.*

Salen la Condesa de Valsinghe r asida del brazo del Oficial y el Conde deStembergh.

Condes. Besoos las manos Cavalleros.

Ofic. Servidor de esta noble union.

Cond. A los pies de ustedes Madamas.

Condes. Me he tomado la libertad de arbitrar á favor de este Extrangero. El no debe estar sujeto á las condiciones.. además que un Oficial siempre es noble.

Cond. Suplicamos por esta sola vez la concesion, y confio se nos otorgará.

Condes. ¿ Como lo pasa Vm., amiga Ba- *acercandose á la Baronesa de Stolen.* ronesa? Señor oficial, acercaos... Aqui teneis una de las mas amables y distinguidas Señoras.

Ofic. Es singular mi complacencia en conocerla y tributarla mis obsequiosos respetos.

La Baronesa de Stolen se acerca con su silla à la mesa, dandoles la espalda á la Condesa y al Oficial, y éste dice:

No habla. *á la Condesa.*

Condes. Está distraida con el juego: es *al Oficial.* preciso disimularla... ¿No contextais á este Cavallero, que tiene por inmenso *á Stolen.* favor el cumplimentaros?

Stol. Gracias, *sin mirarles y con despego.*

Ofic. Y á Vm., noble Señorita ¿ como la *á la Baronesa Wiltz.* trata el juego? *hace la misma accion, que antes hizo la Stolen.*

Que, ¿son mudas estas señoras? *á la Condesa.*

Condes. No señor, antes bien las mas veces hablan demasiado.

Stol. ¿ No ois la atrevida? *apar. à Valf.*

Ofic. Este silencio de mancomun me vaticina alguna estrañeza. *ap. separandose.*

Condes. Acercaos otra vez, señor Oficial, que confio no las hallareis impoliticas ni vanas.

Stol. ¡ Maldita seas! *ap.*

Ofic. Yo no osaré preguntarlas cosa alguna... sin embargo...

Se pone al lado de la Baronesa de Stolen, esta se aparta, y con bastante desprecio da á entender que el Oficial la incomoda.

Perdone Vm... ¿ La incomodo acaso? *La Baronesa repite la misma accion.* si la molesto...

Se levanta la Baronesa de Stolen, toma el brazo del Baron Volfen, y se van haciendo una cortesia, diciendo antes.

Stol. Servidora de Vm. *vanse.*

Brom. ¡ Muy bien !

Ofic. Se ha marchado. *á la Condesa.*

Condes. ¡Eh ! No es extraño. Aqui se marchan y vuelven sin cumplimiento. *con ironia.* Es moda del pais.

Wiltz. ¡ Doctora !.. lo veras, lo veras.*ap.*

Ofic. Al menos espero que Vm. sea mas condescendiente. *acercandose á la Baronesa Wiltz.*

Se levanta, toma el brazo del Baron Splin, hacen cortesia, y dice:

Wiltz. Muy señor mio. *vanse.*

Brom. ¡ Bravo ! ¡ bueno !

Condes. ¡ Ah desatentas ! Ahora conozco que es concierto, y que se han picado. *ap.*

Ofic. Segun veo, tengo poquisima dicha con estas Damas.

Brom. Solamente me alegro por su gran protectora : ah, ah,

Ofic. No obstante, si tengo desgracia con las Damas, confio no tenerla con los Cavalleros. ¿ Es verdad Señores mios ? Espero que Vms. mas atentos y discretos perdonarán... *se levantan el Presidente y el Cavallero Brom, y despues de decir:*

Brom. Beso á Vm. las manos. *cortes. y v.*

Presid. Servidor de Vm. *idem.*

Detrás de estos se irán todas las Damas y Cavalleros haciendo su cortesia.

Ofic. Vaya, vaya: ¡poquito à poco hemos quedado solos! *admirado.*

Condes. Mas vale así que mal acompañados.

Ofic. ¿De que deriva tan impolítico cumplimiento?

Cond. Ya podeis imaginarlo. Habeis venido como clandestinamente, á pesar de todos, y sin títulos; y por consiguiente sois reo de lesa nobleza.

Condes. No hagais aprecio de semejantes locos, compadecedlos; y admitid, si os agrada, el respeto que el Conde y yo tributamos á una persona que sirve al Estado. Las preocupaciones son mayores, y están mas arraigadas en la nobleza moderna y en las personas que no han practicado en el mundo, que en aquellas que desde la cuna son ilustres, y están educadas como tales: quiero decirlo así aunque ofenda á mis patriotas: con el tiempo y la experiencia se refinaran: Ahora se hallan ufanos con sus vanos títulos comprados, y esto descompone su imaginacion; pues preocupados de la idea de la grandeza, desconocen la perfecta nobleza; pero llegará dia en que conozcan su esterilidad, y preferirán las buenas acciones á sus mismos títulos.

Ofic. Vuestro sabio discurso, manifiesta la verdadera nobleza, y me hace olvidar el pequeño desprecio que he tolerado.

Condes. Para manifestaros mi total afecto, os ofrezco mi casa. En ella no encontrareis luxo en los muebles, si un síncero y cordial recibimiento: dignaos aceptarlo, y el señor Conde nos acompañará.

Cond. Con sumo gusto.

Ofic. Agradezco vuestra oferta; mas no puedo aceptarla: estos Señores quizá ofenderian con indiscreta murmuracion vuestro honor, y yo debo guardar todos los respetos, evitandola á una Dama que ha sabido merecer mi estimacion.

Condes. Decis bien: yo no preveía tal accidente: quedemonos aqui hasta que os agrade.

Ofic. Poco tiempo será; pero decidme ¿de donde nace la propension que manifestais á mi favor?

Condes. De la buena opinion que tengo formada de todos los militares, que saben unir al grado, la virtud y el honor. He conocido á muchos cuyo norte era el honor, y mi marido era uno de estos.

Ofic. Celebro haber encontrado la esposa de un honrado Oficial.

Condes. Decid la viuda.

Ofic. ¿Con que perdisteis vuestra apreciable compañía?

Condes. En la batalla de Lintz... Allí se cubrió de honor y de heridas. *con sentimiento.*

Cond. Bien habreis oido nombrar al Mayor Valsingher.

Ofic. Sí: ¿y era vuestro esposo?

Condes. Si le habeis conocido, mirad si es justo mi afan por su pérdida.

Ofic. ¿Sí le he conocido? No hay quien ignore su virtud y valor. El peleó dos veces en mi coluna, sirviendo de escudo á su Soberano, y yo fuí herido una vez á su lado.

Condes. Vos me haceis verter las mas tiernas lágrimas hablando de esta suerte de mi esposo.

Ofic. Os compadezco. No os enternezcais. El era muy amado de todos, y estimado del Emperador.

Condes. Parece sin embargo, que le ha olvidado.

Ofic. ¿Por que razon?

Condes. No ha sido muy generoso con su viuda é hijos.

Ofic. ¿Que decis? pues yo se que el Emperador habia dado unas ordenes...

Condes. Habrán sido mal entendidas.

Muchas veces el Soberano no puede acordarse de todo, y sus Ministros son algo descuidados en recordarle las personas que él estima.

Ofic. Siento infinito lo que decís. ¿Y quantos hijos ha dexado el Mayor?

Condes. Dos.

Ofic. ¿Que edad tienen?

Condes. El uno diez años y el otro de doce.

Ofic. ¿En que se emplean?

Condes. Estudian la profesion de su Padre esperanzados de poderle imitar; pero es preciso que su Soberano los conozca.

Ofic. Señora creedme, los conocerá. El Soberano jamás se olvída de los que tienen en su abono los méritos de sus padres, y voluntad de servirle. Deseo ver vuestros hijos.

Condes. Pues separad toda etiqueta, y venid á honrar mi casa.

Ofic. Esperad... Tengo precision de cumplir una palabra dada à cierto sujeto, cuyo estado no permite demora; Despues pasaré á vuestra casa. Os doy palabra de no marcharme sin ver á vuestros hijos... Entretanto informadme, si lo sabeis, si reside en *saca un libro de memorias.* esta ciudad, un Escultor de mármoles, que se llama Egidio.

Cond. Si señor.

Ofic. Tengo un vivo deseo de conocerle. Es un hombre célebre en su profesion.

Cond. ¿Célebre?... Ignoro lo sea: lo que se es, que vive en la obscuridad, y que apenas se le conoce en su mismo pais.

Ofic. Lo que comunmente sucede. El hombre grande jamás es apreciado como merece, y mucho menos en su patria; pero deseo verle.

Cond. Si gustais, os acompañaré à su casa.

Ofic. Estimo vuestra cortesanía, y la admito: así con mas satisfaccion pasarémos de la tertulia de los Barones ilustres, á la de los plebeyos.

Sale el Cafetero.

Caf. Con permiso.

Cond. ¿Que se os ofrece?

Caf. Ha llegado á mi casa un Correo que le busca á V. S. con la mayor prisa: apenas entró se echó sobre un canapé muy cansado y sin aliento.

Cond. ¿Y qué?

Caf. Segun dixo, trae un pliego con órden expresa de entregarle en manos de V. S. Asi que se recobró un poco le he traido aquí.

Cond. Que entre. *vase el Cafetero* con vuestro permiso. *al Oficial, y á la Condesa.*

Ofic. Cumplid vuestro deber.

sale un Correo.

Corr. ¿Es V. S. el Señor Conde de Stembergh?

Cond. El mismo.

Corr. Aqui tiene V. S. este pliego.

Cond. ¿De donde venis? *tomandole*

Corr. De Gratz. En quatro horas y quarto he corrido quince leguas Alemanas.

Cond. ¿Quien os despachó?

Corr. El Vizconde Wesfell.

Cond. No hace mucho reciví otra carta suya por mano de este Cavallero.

Corr. Quizá esta sea mas interesante.

Cond. Tomad: id á descansar y esperad mis órdenes. *le da algunas monedas.*

Corr. Beso à V. S. la mano. *vase.*

Ofic. ¿El Vizconde de Wesfell?

Cond. Nuestro amigo. Sin duda el asunto interesará. Permitidme. *abre el plieg.*

Ofic. Escusad cumplimientos.

Cond. *lee* ,, Amigo, debo advertiros que ,,no conocí bien à la persona que ,,ayer os recomendé; para lo que ,,os despacho con mucha prisa un ,,correo, à fin de que le deis el de- ,,vido tratamiento, pues es nuestro... *Queda suspenso mirando á el Oficial y* ¡O Dios! *se le cae la carta.*

Ofic. ¿Que teneis? ¿os ha sucedido algun infortunio?

Condes. ¿Que es eso, Conde? ¿os comunican alguna infausta noticia?

Cond. No ciertamente. *recoje tremulo la carta y sigue leyendo, el Oficial y la Condesa se apartan admirados, y hablando los dos.*

Lee ,, No conviene se sepa que yo os lo ,,he avisado: con vuestro gran di- ,,simulo podeis tratarle como quien ,,es. Vuestro Amigo, &c.'' *vuelve á mirar al Oficial, baja los ojos, da señas de temor, retrocede algunos pasos, y el Oficial se acerca y le dice:*

Ofic. ¿Amigo que os inquieta? esa carta parece que os ha agitado demasiado.

Cond. Señor... *con respeto y confusion, y á media voz.*

Ofic. Si esta carta os diese alguna no- *bajo á él y de prisa.* ticia de mi, segun presumo, os impongo el mas rigoroso silencio en todo. *se saca un anillo del dedo y se le pone en los labios al Conde.*

Cond. Yo os obedeceré; pero el respeto..

Ofic. Nada, nada.

Condes. ¿Que significan tantos misterios? *ap.*

Ofic. Pues la suerte me ha proporcionado el conocer á un hombre de merito, estimemonos reciprocamente... Servios de acompañarme á la casa del Escultor de quien os he hablado.

Cond. Con mucho gusto os obedezco.

Ofic. Señora os repito mis expresiones y ofrecimientos. Hasta despues.

Condes. Besoos la mano, y suplico no me olvideis.

Ofic. Disponed de un amigo vuestro, que estima de veras vuestra sinceridad y virtud. *vase.*

Cond. Amiga Condesa, os doy la enorabuena y deseo paseis feliz noche. *hace que se va.*

Condes. Por favor Señor Conde. *le detiene*

Cond. ¿Que quereis?

Condes. ¿De que me dais la enorabuena?

Cond. Nada se..., no faltandoos penetracion... podeis adivinarlo y governaros... *vase.*

Condes. Todo coadjuva á verificar mis dudas. Su trato, su fisonomia, su Magestad, la carta, la sorpresa del Conde... en fin todo manifiesta que este Cavallero oficial es mucho mas de lo que aparenta... ¿No fuera dable que fuese nuestro Emperador?... Todos sabemos que gusta de viajar sin fausto ni comitiva, de incógnito... La desgracia de estar este país tan retirado de la Corte... y creo que haya muy pocos en esta ciudad que hayan visto su persona sino en retratos... Y bien, si fuese el Emperador... ¿Acaso he faltado en algo?... ¿He vertido alguna expresion? Pues bien, si es así, debo estar tranquila.

Salen segun se entraron las Baronesas Stolen, y Wiltz, el Cavallero Brom, el Baron Volfen, y el Presidente.

Wiltz. ¿Adonde está el forastero?

Stol. ¿Se ha concluido ya la conversacion?

Condes. Si, Señores.

Presid. Condesa, os habeis arrogado una libertad sin exemplar.

Condes. Me agrada.

Presid. Y á mi me disgusta.

Stol. ¿Que os agrada la conversacion *con desprecio.* del Oficial?

Brom. La Condesita es muy amante de la Milicia *con intencion.*

Condes. Refrenad la lengua, y no ofendais á quien no conoceis.

Wiltz. ¡Que amenaza!...

Brom. ¡Ay, ay como se ha envanecido por un quarto de hora que ha tenido conversacion con un oficial!

Wiltz. Mirad como se ha alterado.

Stol. Y con razon; pues con la proteccion de un soldado...

Condes. Ea callad, que ignorais lo que decis: si conocierais el peso de vuestras expresiones, no hablariais de ese modo.

Stol. Gracias por el aviso.
Condes. Besoos las manos. *yendose.*
Wiltz. ¿Que os vais?
Condes. Si.
Stol. ¿A ver el oficial?
Condes. Haré lo que guste.
Wiltz. La verdad: ¿le conoceis?
Condes. Aún no, pero en breve espero conocerle.
Stol. Sí, sí: y nos direis quien es tan digno personage.
Condes. Si es cierto lo que pienso, puede que os cause rubor su presencia... y...
Brom } *Wiltz.* } ¿Rubor? ja, ja, ja. *riend.*
Stol. Proseguid.
Condes. Dexadme. *partiendo enfadada.*
Stol. Vaya, aclarad ese enigma. *riendo.*
Condes. Mas vale no responderos: teneis razon en reiros ahora, pero quizá no tardaré mucho en reirme de vosotros. *vase.*
Stol. Es preciso humillar à esta vanidosa y soberbia.
Presid. ¿Que le parecerá que es un oficial?
Wiltz. Es una loca, llena de afectacion.
Stol. ¿Y vos podeis aguantarla?
Brom. En este instante la olvido, y me averguenzo de haberla amado. *vase.*
Wiltz. A bien que nosotros tenemos mas dinero que ella, y la harémos arrepentir de su orgullo.
Stol. Si, si, vamos á buscar medios de abatirla, que se arrepienta, llore y desespere.

ACTO TERCERO.

El Teatro representa un Taller de Escultor en el que se ven trozos de mármol, grupos, y Estatuas en bosquejo. Aparece Egidio, con gorro en la cabeza, vestido de corto, y en chinelas, sentado sobre un pequeño pedazo de mármol, mirando un papel de dibujo, que estará sobre otro peñasco mas alto que le sirve de mesa con belon encendido. Se lebanta con el dibujo en la mano derecha, coje con la izquierda el belon, y va á exâminar el grupo, cerca del qual hay otro belon encima de otro pedazo de mármol. Confronta con el dibujo, y despues de exâminarle por todas partes dice:

Egid. El dibujo está perfectamente executado... *vuelve, coloca el velon en su lugar, y coge otro dibujo, y habla consigo.* Este tambien saldrá perfecto... Y bien Egidio, luego que hayas concluido tu obra; ¿que premio lograrás? Unos la criticarán... Otros la alabarán (aunque serán los menos, porque no conocen el mérito) y á tí te quedará un patrimonio de críticas y alabanzas, y la obra á tus expensas... eh... Bueno... esta es *viendo venir á Luisa con plato y botella.* mi cena: ponlo ahí.
Luisa. ¿Y quereis cenar aqui esta noche?
Egid. Si, y de aqui no me separo hasta concluir mi por... quiero decirlo; mi portentosa obra. Tu no ignoras el por que he emprendido este tan dificil trabajo; y si se pasa la ocasion que espero, inutilizo el tiempo que gasto, y las demasiadas fatigas que me cuesta.
Luisa. ¡Ah, mi amado padre!... Si al menos el destino se mostrase mas venturoso...
Egid. No desconfies, hija mia: somos muy dichosos; pues no padecemos (á Dios gracias) remordimientos... Anda, ve à cenar con Lucía.
Luisa. No tengo ganas.
Egid. Pues vete à dormir.
Luisa. No es para mi ya el sueño ni el descanso.
Egid. Hija mia, vaya no llores: yo dentro de mi siento un presentimiento de que todo se compondrá.
Luisa. Y yo... ¡Ah! dexadme llorar; pues *se enjuga los ojos con el delantal.* tengo suficiente motivo para ello. *vase.*
Egid. ¿De que sirve la virtud sin títulos? Ella no produce mas que sentimientos esteriles y disgustos... ¿Co-

mo puede ser, que... pero yo no he nacido para consumirme entre aflicciones. Gracias al todo poderoso, la naturaleza me ha concedido un temperamento alegre, y si alguna vez me altero, ó pongo serio, es forzado. El hombre jovial vive mucho mas que el hipocondrico, y mucho mejor.

Sale Lucia.

Lucia. Señor Egidio, señor Egidio.

Egid. ¿Que hay?

Lucía. El Conde de Stembergh llamó á la puerta acompañado de un Oficial forastero, el que dixo que desea veros. *vase Lucía.*

Egid. Que entren en horabuena... ¿Que puede quererme á estas horas el forastero?

Salen Lucía y el Oficial.

Ofic. ¿Sois vos Egidio el Escultor?

Egid. Para serviros. *se levanta y se quita el gorro.*

¿Y el Conde? *á Lucía.*

Lucía. Se fué.

Ofic. Despues volverá. Yo le espero aquí. Perdonad si la hora es incómoda; pero no tengo otra mejor, pues he de partir mañana, y no quiero marcharme sin el gusto de haberos conocido.

Egid. Os doy muchas gracias.

Lucía. ¡Un oficial! Como me gustan estos uniformes... Me embeleso en contemplarlos.

Egid. Señor tomaos la pena de pasar á otro quarto, que estaremos con mas decencia.

Ofic. No, no: ¿Donde quereis hallar mejor lugar que este, que manifiesta vuestras glorias? Bien estamos aquí entre los monumentos del genio y del arte.

Egid. Vos me sonrojais. Yo no soy mas que un miserable Artifice, con vivos deseos de ser mejor de lo que... Siento que tampoco puedo ofreceros un asiento... Lucía, anda, traete unas sillas.

Ofic. No os incomodeis. *á Lucía.*

¿Que mejor asiento que uno de estos, que antes de mucho vuestro cincél *se sienta sobre un pedazo de mármol.* animará? Estoy bien; sentaos, y trataremos como amigos.

Egid. ¡Demasiada bondad!

El Oficial advierte la atencion con que Lucía le mira y el regosijo que le inspira su vista, y dice:

Ofic. ¿Que haceis bella muchacha... me mirais con mucha atencion?

Lucía. Me avergüenzo... *se cubre la cara* Servidora de Vm. *parte.*

Ofic. Escuchad.

Lucía. No puedo. *con sencillez.*

Ofic. ¿Por que?

Lucía. Me he puesto colorada.

Ofic. Quiero me digais el motivo, por que con tanta atencion me mirabais.

Lucía. Perdonad: no lo he hecho por impolítica, pero... la curiosidad... mi genio...

Ofic. Acabad.

Lucía. ¿He de decirlo?

Ofic. Con franqueza.

Lucía. Pues os miraba...

Ofic. ¿Por que?

Lucía. Porque me gusta en extremo ese vestido, y mucho mas quien le lleva. Quedad con Dios. *vase.*

Egid. Perdonad su sencillez.

Ofic. Me gusta y divierte; pero no quisiera seros molesto.

Egid. Al contrario, me honrais.

Ofic. ¿Como os va?

Egid. Como á un Escultor de nuestros tiempos.

Ofic. ¿Que quereis decir?

Egid. Pobre y alegre.

Ofic. ¿Vos pobre?

Egid. ¡Que maravilla! Pues que, ¿ignorais que de dos siglos á esta parte la Pintura, Escultura y Poesía son el blanco de la miseria?

Ofic. Es muy cierto, pero eso se entiende con los malos, no con los buenos artistas como vos.

Egid. ¿ Quien os ha dicho que yo soy de los buenos?

Ofic. Vuestras obras.

Egid. ¿ Habeis visto alguna de ellas ?

Ofic. Si.

Egid. ¿ Y donde ?

Ofic. En los jardines Imperiales de Viena.

Egid. ¡ Ah ! si es verdad. Hace algun tiempo que me compraron dos estatuas por cuenta de la Corte (segun me dixeron) la una era la del buen Alberto el primero, y la otra de Rodulfo.

Ofic. Todos las admiran, y el Emperador las estima.

Egid. Permitidme que os diga que no es así.

Ofic. ¿ Por que causa?

Egid. Por que si las hubiese apreciado no hubiera sido tan escaso en pagarmelas.

Ofic. A mi me consta que por ellas se desembolsaron, quinientos zequines.

Egid. Tambien á mí me consta que recibí la tercera parte de la cantidad que decis.

Ofic. ¿ Es posible ?

Egid. Si Señor.

Ofic. Y vos creeis que el Emperador haya procedido tan injusto?

Egid. El Emperador es justísimo. No me queda la menor duda de que S. M. habrá pagado los quinientos zequines, pero yo no los he recivido. Sus Comisionados habran tenido la bondad de retener tres cientos zequines por economía, y lo restante entregarlo al artifice.

Ofic. Como puede... Desearia saber...

Egid. Eh, ya pasó : dexemos esta conversacion y no pensemos en melancolías. ¿ Quien os indujo para que me vinierais á ver ?

Ofic. El aprecio que hago de vuestro mérito.

Egid. Esta es la vez primera que oigo la alabanza sin disfráz en mi propia cara, mas por eso no me envanezco.

Ofic. ¿ Teneis ahora muchas obras que hacer ?

Egid. Casi ninguna.

Ofic. Extraño, y mas en un tiempo de tanto luxo, que no se haya introducido el que tanto favorece á esta bella profesion.

Egid. ¡ Ay Señor ! Los mármoles ya no son de moda... otro genero de escultura reyna en el dia, que disipa los caudales, y patentiza la fantasía de los hombres... Mármoles... nada se aprecian... otros materiales bien diversos se requieren para hacer fortuna !

Ofic. Creo que teneis razon.

Egid. Tal me parece.... ¡ Ay señor !.... con mi profesion sola ya hubiera sido toda mi familia victima de la necesídad.

Ofic. ¿ Luego teneis otros haberes ?

Egid. Un terreno fertil, aunque corto, que me dexó mi padre.

Ofic. ¿ Y estais disgustado con vuestra profesion ?

Egid. Al contrario. Esta es la que han seguido todos mis ascendientes : y la considero como una virtud hereditaria de la familia, y la cultivo por genio, y por pasion.

Ofic. Vos necesitariais del apoyo de algun Principe para exercitar con mas comodidad y aprecio vuestro talento.

Egid. Ja, ja, ja.

Ofic. Que, ¿ os reis?

Egid. ¿ No quereis que lo haga?

Ofic. ¿ Por que motivo ?

Egid. Perdonadme ; esas son las expresiones frias que se dicen á qualquier hombre de mérito en lugar de favorecerle y ayudarle.

Ofic. ¡ Bravo ! amigo : vuestra viveza é ingenuidad me gustan, y dan en el blanco de la verdad.

Egid. Esta solo me infunde espíritu y *mirando y señalando la botella.* vigor. Quando tengo una botella, un pedazo de mármol y mi cincél, desa-

fio al ocio y á la melancolía; engaño al tiempo, y estoy mas contento que un Rey.

Ofic. ¿Y que teneis ahora entre manos?

Egid. Aquel grupo que veis allí. *señalando.*

Ofic. ¿Para quien debe servir?

Egid. Para mi, y para los bellos espíritus del siglo que se dignen mirarle.

Ofic. Tendria gusto de verle.

Egid. Al momento. *toma el belon y le acompaña á ver el grupo.* acercaos; exâminadle, y decidme vuestro parecer.

Ofic. La obra me parece hermosa; pero yo no entiendo su significacion.

Egid. ¿Si tuviera la dicha de que el Emperador la viese?

Ofic. ¿Que hariais?

Egid. Me atreviera á decirle al oido que tratase á los Sabios modernos, y Filosofos, del mismo modo que esta Estatua á la otra que tiene debaxo de su pies.

Ofic. ¿Que representa esta figura triunfante?

Egid. La verdad.

Ofic. ¿Y la que está á sus pies?

Egid. La nueva filosofia confundida, á quien la pura verdad quita la máscara.

Ofic. ¿Como tratais tan mal à la filosofia?

Egid. Pluguiese al cielo pudiera hacerlo de veras. Solo siento que es una filosofia de piedra.

Ofic. ¿Sois enemigo de la filosofia?

Egid. Lo propio que de la peste.

Ofic. Amigo no puedo aplaudir vuestro modo de pensar sobre este punto. La filosofia es la primitiva ciencia del universo, y madre de toda virtud.

Egid. No os hablo de esa: hablo solamente de la de estos tiempos presentes... Reparad bien su rostro, y vereis que... *alumbrando de cerca.*

Ofic. Veo una bella sombra, que se aparta de un rostro horrible. *mirando con atencion.*

Egid. Pues bien: ese rostro es la hipocresía, que en el siglo presente ha tomado el disfráz de la filosofia. La verdad la descubre, y enseña á todo el mundo baxo su verdadero aspecto. Esta es la que con falso semblante seduce los espíritus, los engaña y envenena. Es la maestra de los nuevos sistemas, y de los errores, la promotora de la falsa libertad, la corruptora de los corazones debiles, y en fin la peste de todas las naciones. ¡Infeliz el que la abriga!, bebe su muerte, y perece en sus manos.

Ofic. Amigo, os felicito por que me hablais de un modo que me sorprende.

Egid. No, no, suspended vuestro juicio y tened entendido que esta leccion no es mia, pero la tengo bien aprendida, y tanto me gusta que se me ha pasado al corazon y al alma.

Ofic. ¿Y de quien la habeis aprendido?

Egid. De mi hermano.

Ofic. ¿Que teneis algun hermano?

Egid. Si señor, y es muy letrado.

Ofic. ¿Y donde se halla?

Egid. Aquí en mi casa; pero el pobre está ciego y muy enfermizo. Los continuos achaques le han desfigurado mucho, y no es sombra de lo que fué.

Ofic. Tendria gusto de verle.

Egid. Quando querais: estoy seguro que de su conversacion os resultará una particular complacencia.

Ofic. Bolvamos à lo anterior de la materia: estas obras, y estas maxîmas honran vuestra profesion.

Egid. Los que profesamos este arte servimos à la fábula y à la historia; pues, porque no hemos de hacer lo propio con la crítica y con la moral?

Ofic. Todos os deberian imitar.

Egid. Si tal hiciesen, perecerian. Mas agrada en estos tiempos una Venus lasciva, llena de defectos, que la mejor obra de Miguel Angel manifestando la modestia y la gravedad.

Ofic. Muy bien. Viva el Señor Conde.

Egid. ¿ A donde está ? *se vuelve á mirar.*

Ofic. ¿ Quien ?

Egid. El Señor Conde.

Ofic. No, es un titulo que se me ha escapado.

Luisa baxa la escalera, se sienta en el ultimo escalon, llorosa, y apoya la cara sobre sus dos manos: el Oficial hace reparo en ella y dice.

¿Quien es aquella jóven que se ha sentado allí, al parecer muy acongojada ?

Egid. ¡ Pobrecita ! Ella tambien es victima de las preocupaciones.

Ofic. ¿ Os pertenece ?

Egid. Es hija mia.

Ofic. ¿ Porque se lamenta ?

Egid. Piensa en su situacion.

Ofic. Llamadla.

Egid. Luisa, acercate: este Cavallero desea conocerte.

Se levanta para venir, al mismo tiempo ve á Odoardo y exclama.

Luisa. ¡ Oh Dios mio ! El es, el es. *corre á encontrarle.*

Ofic. ¿ Con quien habla ? ¿ Que significa esto ?

Se presenta Odoardo al foro, disfrazado, y embuelto en una mala capa y corre á abrazar á Luisa.

Odoard. ! Ah querida Luisa !

se abrazan.

Luisa ¡ Ah, mi Odoardo ! ¿ tu eres ?

Odoard. Si, yo soy, por verte desprecio todo peligro, y á mis tiranos tambien.

Ofic. ¿Que dice aquel hombre? ¿ quien es?

Egid. ¡ Oh ! ¡ Si supiereis !... este es el unico escollo en que zozobra mi tranquilídad, y no se como superarle. Aquel es marido de mi hija.

Ofic. ¿ Y porque tal precaucion ? Amigo, fiaos de mi.

Egid. Vaya quando hayais acabado, cumplid con nosotros.

Odoar. ¡ Querido Padre ! *repara en el Oficial*

¿ Que veo ? ¿ Vos aqui Señor ?

Ofic. ? Sois vos, quien pocas horas hace...

Odoar. El mismo, y no me avergüenzo de que me sorprendais en este estado.

Ofic. ¿ Que significa ese disfráz ?

Odoar. Con él eludo la vigilancia de mis Exploradores, y la persecucion de mi Padre, ó por mejor decir de un tirano.

Ofic. ¿ No dixisteis que deseabais hablarme ?

Odoar. Si señor: yo imploro vuestro socorro, y el de todos.

Ofic. Pues la suerte os es propicia; decidme aqui mismo quanto querais.

Odoar. ¡ Ay señor ! Estoy desesperado.

Ofic. ¿ Por que ?

Odoar. Esta es mi esposa.

Ofic. Lo se.

Odoar. Al atractivo de su hermosura, están agregados los de virtuosa y amable.

Ofic. Este elogio honra á los dos,

Odoar. Con el imperio mas cruel se me manda sacrificarla.

Ofic. ¿ Quien os lo ordena ?

Odoar. Mi Padre.

Ofic. ? Os desposasteis sin su consentimiento ?

Odoar. Esa es mi culpa.

Ofic. Y que ¿ os parece poca ?

Odoar. He errado: lo se, y lo confieso; pero esta infeliz, seducida por mi amor, este digno Padre engañado por mi. ? porque deben ser condenados á sufrir las angustias, los afanes, y el daño ? Yo imploro gracia para ellos, y no para mi.

Ofic. Pues no participan...

Odoar. ¡ Ay señor ! El amor que todo lo supera me aconsejó mi traicion, y la faláz idea de la posesion. Sin este recurso yo la perdia para siempre, y consideraba como una virtud el amarla, y el adquirirla como un tesoro...

Ofic. Seguid, y si me contemplais digno...

Egid. Lo diré yo, señor: un amante

sue-

suele hacer digresiones. Yo, yo hablaré.

Luisa. No lo pinteis querido Padre, con colores...

Egid. No, hija mia. Ya yo le perdoné, y no seria capáz de... Sabed pues que yo no queria concederle mi hija, por ser la cosa que mas estimo, y porque estaba cierto que su padre no se hubiere dignado mezclar su sangre con la mia. Sin embargo de esto, quanto mas se aumentaban los obstaculos, tanto mas se miraban como esposos... Un momento desgraciado... eh... ya me entendeis, confirmó el fatal secreto. El uno queria matarse, la otra se moria de afán.... Por fin se echaron á mis pies, y à los de un Tio de él, hombre muy sabio, honesto, y sin preocupaciones, el que por menor mal, condescendió en que se desposáran, prometiendo su mediacion para con el Padre de Odoardo. De alli à corto tiempo el dicho tio murió repentinamente, y nos ha dexado en un mar de desolaciones y quebrantos.

Ofic. Engañar à un Padre, siempre es un grave delito, y si el está sentido...

Egid. Y bien si la cosa está hecha; de que sirve ahorá el perseguirnos implacablemente?

Ofic. Y que pretende vuestro Padre?

Odoar. Seperarnos.

Ofic. ¿Como?... sin embargo de vuestra falta, el matrimonio es válido

Odoar. Quieren separarnos, os lo repito. El interés y la ambicion se han unido para cometer una violencia. Llaman à nuestro matrimonio con las odiosas voces de clandestino, contrario à las leyes, nulo, y digno de castigo. Por caridad pido la muerte antes que la separacion.

Luisa. Si me quitan á Odoardo, que me quiten la vida, pues sín él, no la estimo.

Egid. ¿Los oís? ¿No merecen compasion?

Ofic. En verdad que me enterneceen. ¿Quanto tiempo hace que estais casados?

Luisa. Un año.

Ofic. ? Y despues de un año os quieren seperar?

Egid. Señor estamos en un tiempo, en que se usan la fuerza, y las amenazas. Entretanto se le ha mandado á él no verla, baxo pena de cárcel, y á mi hija no admitirle en su casa, baxo la pena de una reclusion. Ambos se encomiendan al cielo, à los ardides, à la fortuna para verse tal qual vez, y se aman cada vez mas entre los peligros y desgracias.

Ofic. No puedo persuadirme à que se use semejante violencia, y mucho menos à que se apruebe.

Egid. ¡Ay señor mio! quien en el dia tiene mas dineros, tiene mas razon.

Ofic. Eso no es verdad. ¿Quien es vuestro Padre? *á Odoardo.*

Odoar. El Baron Naiman.

Ofic. El presidente de la...

Odoar. El propio.

Ofic. Quedo enterado. ¿Y qual es la causa fundamental de su aversion á este enlace?

Egid. La falta de dote es la que mas le disgusta, y luego la falta de titulos.

Ofic. Ah, ah,... pero ese es pequeño obstaculo *riendose.*

Egid. Yo lo tengo por el mayor, é irremediable.

Ofic. Yo apuesto que vos, buen Egidio, en breve tiempo lograreis un Condado.

Egid. Señor, ? y con que arbitrio?

Ofic. Solamente con el de vuestro merito.

Egid. Tan posible es eso, como hacer volar á ese grupo.

Ofic. Basta. Yo soy algo Astrologo, y no me desdigo...

Egid. Pues esta vez, os aseguro que ha perdido el merito vuestra Astrología.

Ofic. Lo sentiria.

Egid. En fin sea lo que quiera, dejemoslo en manos de la suerte.

Ofic.

Ofic. Si mas vale... Pero ahora me acuerdo que me habeis dicho queriais echaros á los pies del Emperador. *á Odoardo.*

Odoar. Ellos solos pueden ser mi refugio y consuelo.

Ofic. ¿ Y que pretendeis de él ?

Odoar. Piedad, justicia, y compasion para mi infelíz esposa.

Ofic. Eso es muy facil.

Egid. Vos todo lo facilitais, y yo lo creo muy dificil.

Ofic. Os compadezco.

Lucia baxa por la escalera y dice

Luc. Señores, señores, noticia alegre... venid os ruego, asomaos á las ventanas, oireis, y vereis todo... lo...

Egid. ¿ Que sucede ?

Lucia. Unos van, otros vienen,... unas fiestas... mucho concurso de Pueblo... todas las ventanas y balcones iluminadas... ha venido...

Egid. ¿ Quien ?

Luci. El Emperador.

Odoar. ¿ Que dices? ¡ Ah ! quiera el cielo que su llegada termine mis disgustos.

Egid. Esta es la ocasion de...

Sale el Conde de Stembergh.

Cond. Señor, quando gusteis marchar, podeis hacerlo, pues se ha hallado arbitrio para complaceros.

Egid.. Señor Conde, es cierto lo que nos cuenta Lucía.

Cond. ¿ De que ?

Egid. Que ha llegado nuestro Soberano.

Cond. Asi lo dicen.

Ofic. Y vos señor Conde ¿ que decis ?

Cond. Podeis leer en mi frente mi respuesta... conviene usar de cautela.

Odoar. ? Se sabe donde se ha aposentado?

Conde. Todos se dirigen á la casa de las Postas.

Odoar. ¿ Como se podria lograr la gracia de hablarle ?

Cond. Suplicandoselo á este Cavallero Oficial.

Ofic. Yo haré quanto sea de mi parte.

Egid. Vaya, Señor, si teneis medio ó arbitrio alguno, consolad á estos dos esposos.

Ofic. Ya he dicho que lo hare, y les prometo buen exito.

Egid. El cielo os bendiga. No puedo dexar de abrazaros. Lucía, anda, pronto, trae tres ó quatro vasos.

vase Lucia.

Ofic. ¿ Para que ?

Egid. Quiero que echemos un trago, brindando por la salud de nuestro augusto y amabilísimo Emperador... Perdonad mi franqueza : hacednos este honor y sereis uno de los nuestros.

Sale Lucia con un azafe, y quatro vasos.

Luci. Cada uno sirvase à su gusto : yo buelvo á la ventana á observar lo que pasa. *Lo dexa sobre un pedazo de marmol, y se va.*

Egid. Dexalo ahi. Primero el extrangero. Despues el Señor Conde; este para mi, y vosotros servios á vuestro gusto. A que viva nuestro amado Soberano. *distribuye el vino.* *á Odoardo y Luisa.* *toma el vaso y cada uno el suyo.*

Todós. Viva.

Egid. Vaya : ahora por favor, me direis ¿ quien sois vos ? *baxo.*

Ofic. Solo soy un buen amigo del Emperador.

Egid. ¿ Amigo ? Mejor que mejor. Pues buelvo á brindar por la salud del amigo del Emperador.

Ofic. Lo aprecio.

Egid. ¿ Amigo verdaderamente ? *con llaneza.*

Ofic. Si, amigo, é intimo,

Egid. El júbilo me enagena.

Ofic. Este vino es bueno.

Egid. Es el mismo que dispierta y anima mi imaginacion para hacer aquellas estatuas que os habeis dignado alabar... Perdonad, os repito, mi franqueza.

Ofic. No importa.

Egid. ¿ Bebereis otro vasito ?

Ofic. Basta.

Egid. No olvideis que me encomiendo á vuestra bondad : favoreced á estos infelices.

Ofic. No dudeis de que están bien recomendados.

Odoar. Protejednos con todo empeño.

Ofic. Fiad de mi, y vivid tranquilos.

Egid. ¡ Mirad que buen Oficial ! ¡ El cielo nos lo ha enviado.

Ofic. Señor Conde, me hareis el gusto de noticiar á quien debe conducirme, que marcharé dentro de dos horas

Cond. Deseo serviros. *vase.*

Egid. ¿ Dentro de dos horas marchais ? Y en tan corto tiempo...

Ofic. No desconfieis : én dos horas se hará todo ; pero es preciso me cumplais vuestra palabra.

Egid. ¿ Qual ?

Ofic. La de ver vuestro hermano.

Egid. Teneis razon : me habia olvidado.

Ofic. Pues vamos, señor Conde.

Egid. ¿ Señor, si el Conde se fué ?

Ofic. Ya lo se.

Egid. ¿ O me decis á mi ?... ¿ os quereis burlar ?... Conde un... vaya vaya...

Ofic. Vamos, buen amigo, vamos.

Egid. Hijos alegraos. *toma el belon*. La llegada del Soberano, y vuestra visita me han infundido un espíritu... una alegria indecible... Animo hijos. El cielo jamás abandona à los infelic es. Tomad esa otra luz, y acompañemos à nuestro Protector.

ACTO QUARTO.

Habitacion de Fernando: Aparece sentado en situacion de acabar de cenar, una mesa delante con luz, un plato vacio, y dos botellas, lo una de vino, y la otra de agua.

Fern. ¡Mi cena se acabó ! Gracias doy al cielo : porque este dia tambien lo he pasado con tranquilidad, y sin remordimientos, *Se levanta con alguna dificultad, pone la silla á un lado de la mesa, y se vuelve á sentar.* vaya, esta noche me han dexado solo. *va buscando de una en otra faldriquera alguna cosa, y no hallandola, tienta sobre la mesa, y dexa caer la luz : al mismo tiempo entra Lucia.*

Lucia. ¿ Que habeis hecho ?

Fern. No lo se : mis manos tropezaron en alguna cosa, y parece que se ha roto.

Luc. Se ha caido el candelero.

Fern. Menos mal. El acaso ha sido mas juicioso que nosotros.

Luc. ¿ Por que ?

Fern. Tu me pones luz. ¿ No considerai que es un beneficio superfluo para un ciego ?

Luc. Lo se ; pero la he puesto para comodidad de los otros, y mia.

Fern. Tu razon es aún mas poderosa que la mia, no me avergüenzo de confesarlo... Ella debe dé estar por aqui. *sigue buscando.*

Luc. ¿ Pero que buscais ?

Fer. Mi caxa.

Luc. Voy por luz. *recoge el candelero y se va.*

Fer. ¡ A que situacion me veo reducido Dios mio !... Sobervia humana, tu que en las prosperídades levantas tu cabeza al cielo, mira, míra tu propia debilídad. Si la naturaleza te priva de uno de sus dones, te humilla à todos, y te reduce à mendigar su asistencia.

Sale Lucia con luz.

Luc. ¿ Adonde dexasteis la caxa ?

Fer. La puse aqui encima.

Luc. Pues aqui no está.

Fer. Pero...

Luc. Esperad. *va á poner la luz sobre la comoda, y ve la caxa.* Aqui está sobre la comoda.

Fer. ¡ Ay de mi ! He perdido la vista, y empiezo á perder la memoria.

Luc. Tomad. *le da la caxa.*

Fer. Quita de ahí esos enredos.
Luc. Ya lo hago. *lo qnita todo Fernando toma un polvo.*
¿Habeis cenado con gusto?
Fer. Si.
Luc. Esa es buena señal.
Fer. ¿Está aún el forastero, que me dixiste, abaxo?
Luc. Si Señor.
Fer. ¿Que quiere?
Luc. Creo que quiere hacernos bien.
Fer. ¡Ah! ¡Que pocos son los hombres que benefician á sus semejantes!
Luc. Pues este tiene un ayre, un modo, que echiza. Yo me estaria sin comer dos dias mirandole y oyendole hablar... Es un Señor diferente de los otros. Quando yo lo digo, lo se muy bien, y podeis creerme.
Fer. Si, hija, si.
Luc. Si hubiera usted oido lo que dixo... pero yo no atiendo tanto à sus palabras como al modo con que las pronuncia, y á los ademanes de su rostro... Quiero explicaros...
Fer. Vé, Lucia: ponlo todo en su lugar, que despues me lo explicarás.
Luc. Teneis razon; pero ay, que vienen Hasta otra vez. *vase llevandolo todo.*
Salen Egidio, el Oficial, Odoardo, y Lucia, lo mismo que se entraron en el anterior Acto.
Egid. Buenas noches, hermano.
Fer. Dios te las dé muy buenas, Egidio. ¿Has concluido tu trabajo?
Egid. Aún no. Ha venido una persona á interrumpirle; pero no me pesa. Regocijate Fernando.
Fer. ¿De que?
Egid. He hallado quien protegerá á mi hija.
Fer. ¿Es protector, ó protectora?
Egid. Protector.
Fer. ¿Viejo ó jóven?
Egid. Jóven.
Fer. ¿De que clase?
Egid. De la mas elevada.
Fer. ¡Ay de mi! *suspira profundamente.*
Egid. ¿Que significa ese ay de mi?
Fer. Que no me gustan mucho esas calidades.
Egid. ¿Por que?
Fer. Tu hija es jóven, y hermosa.... Quitála esos agregados, y verás como desaparece el protector.
Egid. Explicate mejor.
Fer. Entiendeme, hermano, si quieres, que yo bastante he dicho.
Ofic. Buen anciano vos me injuriais sin haberlo merecido: os suplico que me conozcais primeramente.
Egid. Fernando, esta vez se puede decir con verdad que has hablado à ciegas.
Fer. ¿Está aqui este Cavallero, y no me los has advertido?... Qualquiera que seais, perdonad, Señor, mi concepto: he hablado con los terminos generales de la experiencia, y tendré indecible complacencia en engañarme.
Egid. ¡Ay! si pudieses verle... su fisonomía es de aquellas que no mienten.
Fer. ¿Pero quien es?
Egid. Un Militar; pero de alguna graduacion.
Fer. ¿Militar? Señor dadme la mano.
Ofic. Aqui la teneis.
Fer. Os pido perdoneis mi ligereza: os debuelvo la estimacion, y recibo con gusto vuestra proteccion.
Ofic. Me parece sois amigo del nombre y caracter de los Militares.
Fer. Mucho. Son las personas que en el dia merecen mi estimacion; las demás me lastiman, y las compadezco.
Ofic. ¿Por que?
Fer. El verdadero Soldado es el depositario del honor. Conserva la idea del buen órden, de una ciega obediencia, y de una cabal subordinacion. Nuestros letrados (luces falsas del siglo si son malos) disputan sobre las leyes; el soldado se contenta con saberlas: aquellos las exâminan con un espíritu inconseqüente; éste respeta sus secretos, y se limita á obedecerlos: aquellos, en fin, se con-

contradicen, y fomentan la discusion; pero el soldado, siempre igual, mantiene la diciplina.

Ofic. A la verdad que me arrebatais la atencion, y os conceptúo, segun vuestro discurso, mas grande de lo que pensaba.

Egid. ¡ Oh ! si él habla, oireis al verdadero Ciceron de Alemania.

Ofic. Me parece muy viejo.

Egid. Pues sin embargo es mas jóven que yo.

Ofic. ¿ Como es dable ? Vos estais robusto, y él por lo contrario.

Egid. Es que yo he trabajado con el cuerpo, y él con el espíritu.

Fer. Estas canas, y una anticipada senectud son en el dia el premio del hombre estudioso. Mi buen padre (de quien bendigo la memoria) quiso distinguirme. Deseaba tener en su familia un bastago científico, y me trasladó del cincél à los libros. ¡ Que fatal gracia me hizo !... Estudié largo tiempo con aplicacion, y esta me hizo brillar entre los Letrados del siglo: pareciome al principio que dominaba mi ciencia sobre los secretos de la naturaleza; pero me engañé... ¡ ah ! quanto me cuesta el desengaño!.. Dos partes de nuestra sabiduría son pura vanidad, y me moriré confesando ignorarlo todo.

Ofic. ¿ Quanto tiempo hace que habeis perdido la vista ?

Fer. Tres años.

Ofic. ¿ Y como soportais vuestra desgracia ?

Fer. Tranquilamente. Los disgustos que me ahorra, recompensan suficientemente los bienes de que me priva.

Ofic. ¿ Que disgustos os ahorra vuestra falta de vista ?

Fer. Oid: sino disfruto el espectaculo luminoso de la naturaleza, tampoco veo los desordenes que la degradan, los tintes artificiosos de los hombres que la transforman, los rendimientos aduladores, las caricias mentidas, la falsa risa, las asechanzas, el engaño con máscara de verdad, y en fin... los delitos.

Egid. ¿ Que tal ? Respondedle si podeis. *al Oficial.*

Ofic. Ciertamente que es un hombre grande.

Egid. ¡ Oh ! bien lo se yo: no le cambiaria por todo el oro que tiene en sus erarios el Emperadór.

Ofic. (*apte*) Quanto mas le miro, me parece que no me es nueva su fisonomia. (*á Fern.*) Es preciso que os haya visto en alguna otra parte; por que...

Fer. Es probable, si habeis vivido en Viena.

Ofic. Es mi Patria.

Fer. Pues allí me habreis visto, en donde he sido por espacio de doce años, Catedràtico del derecho natural, en la Imperial Universidád.

Ofic. No era imposible engañarme. ¿ Hace mucho tiempo que faltais de allí?

Fer. Unos tres años.

Ofic. Vuestra enfermedad...

Fer. Si señor... ella fué la que terminó mi carrera.

Ofic ¿ Os habrán destinado una decente pension ?

Fer. Muy corta.

Ofic. ¿ Como ?

Fer. Jamás faltan espíritus envidiosos, enemigos de su proxímo que hacen alarde de limitar la generosidad de los Soberanos.

Ofic. Aseguraria que el Emperador nada sabe de eso.

Fer. Asi lo creo; pero vos sois buen testigo de mi estado, y riquezas.

Ofic. Consolaos, pues estais proxîmo á mejorarle.

Fer. ¿ Con que fundamento ?

Ofic. Os doy el felíz aviso de que el Emperador os ha nombrado su Consejero. *todos se conmueven*

Fer. ¿ A mi ?... De quando acá

Ofic. Basta lo dicho. Lo restante es un arcano; pero durará poco.

Egid.

Egid. (*apte.*) Yo no lo entiendo... Este Cavallero va distribuyendo empleos, y Títulos con una facilidad... A mi Conde, à Fernando Consejero... Que? negocio es este ?... Yo nada entiendo de estas cosas.

Ofic. ¿ Que discurris ? *á Egidio.*

Egid. En los empleos que hábeis dado á mi hermano, y à mi-

Ofic. Tiempo os queda para ello. *riendose.*

Fer. Vuestras ultimas expresiones... *regocijado*: pero no, haré cuenta de no haberlas oido... Hablemos de otra cosa ¿ Donde está mi Luisa ?

Egid. Aquí la teneis.

Fer. ¿ Mi estimada sobrina, nada me dices ?

Luis. No queria estorvar tan bella conversacion.

Fer. ? Y no se ha visto á Odoardo esta noche ? *Odoardo le besa la mano.* ¿ Quien es este ?

Odoar. Es vuestro querido Odoardo que os venera y estima.

Fer. Abrazame, hijo mio. La injusticia te persigue; pero el cielo te ayudará, y será el apoyo de mi sobrina.

Egid. Este Cavallero Oficial se ha empeñado en presentarlos al Emperador, y á mi tambien.

Fer. ¡ Ah ! si no hubiese quedado ciego, muchas veces he tenido la idea de correr á sus augustos pies.

Ofic. El os hubiera acogido con humanidad, y habeis hecho mal aun que ciego, de no hacerlo.

Fer. ¡ Que buen Príncipe ! ¿ Si mantendrá todavia aquella indole tan facíl, tan familiar ?

Ofic. Si, si: dicen que es siempre lo mismo; mas vos bien le habreis conocido.

Fer. ¿ Si le conozco ? Le he besado tantas veces la mano... Entonces daba complacencia ver, y oir los rasgos de su beneficencia, de su espíritu... afable con todos, compasivo, bondadoso... El era amigo de sus Vasallos: acudia... corria... preveia todas las necesidades... En fin se decia por refran; los pobres, y ricos duermen tranquilos porque el Emperador vela por su seguridad; pues que en todas partes se halla.

Egid. Hermano, no suspendas tu narracion, que me causa mucho deleite oir hablar asi del Soberano; ¡ si al menos hubiera tenido la dicha de verle alguna vez !

Fer. Me acuerdo, como si fuera ahora, de sus ademanes, de su rostro, y hasta de su modo de hablar.

Egid. Pintame, hermano, su persona; por si acaso (como me lo ha ofrecido) este Señor me presenta, conocerle en medio de la turba de sus cortesanos.

Fer. Escucha su retrato; por él creo podràs conocerle sín temor de equivocarte.

Egid. Di.

Fer. Es bien formado, y de una regular estatura.

Ofic. Dejad por ahora eso.

Fer. No creo os disguste el que hablemos de nuestro Amo. Escuchame viste por lo regular de Soldado, y su uniforme preferido es, (especialmente quando viaja) de color blanco, y divisa celeste, que es el de su Regimiento.

Egid. Asi lo trae este Oficial.

Fer. Tiene un rostro placentero, lleva un peinado sencillo, los ojos color de cielo, pero muy vivos, las cejas negras que le hermosean, las mexillas redondas, y de buen color, el labio inferior un poquito grueso, y sobresale del superior.

Egid. Hasta ahora, las mismas señas tiene este Cavallero.

Ofic. (*apte*) La inocencia de estas gentes, va á descubrirme sin poderlo remediar.

Fer. Enterate bien de estas dos señas, que te le darán à conocer entre

mil.

mil. Tiene un lunarcito debaxo del ojo izquierdo, que le dá mucha gracia.

Egídio mira atentamente al Oficial: y este con disimulo se cubre, como por acaso, la cara con un pañuelo.

Tiene en la barba una señal que le hizo una bala de mosquete.

Buelve Egidio á exâminar al Oficial, el que finge distraerse dando algunos pasos á otra parte.

Egid. ¡ Hermano mio ! *muy exâltado.*

Fer. ¿ Que es ?

Egid. ¿ Me has dicho verdad ?

Fer. ¿ Por que tal pregunta ?

Egidio mira al Oficiál, despues á Luisa y á Odoardo, los que se hallan confusos, Egídio hace ademan de hablar, pero no puede, y despues dice.

Egid. O es el mismo, ó yo sueño.

Odoar. ¡ Luisa ! } *como admirados y suspensos.*

Lui. ¡ Odoardo! }

Odoar. ¿ Has visto el lunar ?

Luisa Y aquel labio... aquellos ojos.. ¡ ah !... todo, todo confronta.

Fer. ¿De que procede este improviso silencio?...No hay nadie aqui que hable?

Odoar. Aquel cubrirse la cara... *á Luisa.*

Luis. ¡ Ay! yo palpito, y toda tiemblo!

Ofic Ya es tiempo que os evite la molestia. Amigos míos, á Dios.

Fer. ¿ Que, os vais ?

Ofic. Si.

Fer. Id en buena hora.

Odoardo y Luisa como temerosos hacen una cortesia.

Ofic. ¿ Vosotros nada me decis? *á ellos.*

Luis. Señor...

Odoar. Nosotros, ¿ que podemos deciros ?. interpretad nuestro silencio.

Ofic. ¿Quien lo diria ? Su suspension *ap.* fomenta la mia, veo claramente su confusion, y no se resolverme.

Sale Lucia con dos niños, que son los hijos de la Condesa, vestidos de Oficiales.

Lucia. Señor, aqui teneis dos Oficialitos que instan por hablaros. *al Emperador.*

Ofic. ¿ Quien son ? ¿ Que quieren ?

Lucia. Preguntadlos, que ellos os informarán.

Ofic. Acercaos. *á los niños que se acercan.*

Luci. ¡ Que bello garbo ! ¡ que hermosos soldaditos !... que ayre ¡ que fisonomía ! me excitan la gana de darles mil besos.

Ofic. ¿ Quien sois, niños ?

1.º Dos fieles servidores vuestros.

Ofi. ¿ Que pretendeis ?

2.º Conocer el amigo de nuestro buen padre, y aprender de su labio à imitarle.

Ofic. ¿ Quien fué vuestro padre ?

1.º El Mayor Walsingher.

Ofic. Sois vosotros aquellos... pero ¿ como aqui ?... Han venido solos estos muchachos ? *á Lucia.*

Luc. No,Señor: está suMadre allá fuera.

Ofic. Que entre.

Luc. Al instante *vas.*

Los dos niños van á la puerta, se ponen cada uno á su lado, desembainan las espadas, se cubren, y ponen como de centinela.

Ofic. Y ahora, ¿ que haceis ?

2.º La centinela al amigo de nuestro Padre-

Ofic. ¡ Que amables criaturas ! ¡ Quanto me gusta esta sorpresa !

Egid. Cada vez me encuentro mas confuso. Tan inmoble me he quedado como mis estatuas, y no acierto á hablar una palabra.

Salen la Condesa, y el Conde.

Ofic. ¿ Vos aqui, Señora ?

Condes. Suplicoos perdoneis mi libertad.

Ofic. ¿ Temiais acaso que me olvidára de mi promesa ?

Condes. Ya se que vos no podeis faltar á vuestra palabra.

Ofic. Pues porque...

Condes. He querido sorprenderos, y manifestaros mis respetos. *va á humillarse, pero la ataja.*

Ofic. Esto no os pertenece como Dama.

Condes. En este caso, mi humillacion ensalza mi decoro.

Ofic.

Ofic. ¿ Conde , habeis publicado mi secreto ? *bajo.*

Conde. Creo que ella lo ha penetrado.

Ofic. ¿Quien os dixo que yo estaba aqui ? *á la Condesa.*

Condes. Vos mismo, lo dixisteis hace poco.

Ofic. Es verdad. ¿ Esos son los hijos del Mayor Walsingher , y vuestros?

Condes. Nacidos , y dedicados á serviros , si los admitis.

Ofic. ¿ Servirme á mi ?

Condes. Perdonad si se me ha escapado esta palabra ; pues.... mi... confusion.

Ofic No , no : habeis dicho bien : ellos servirán al Emperador ; y en breve se igualarán à su padre.

Condes. ¡ Ah , hijos mios *mirandolos.*

Egid. Vaya aqui no cabe duda alguna. *apte.*

Odoar ¿ Comprendes algo Luisa ?

Luisa. Mi agitado corazon no me permite atender á nada.

Fer. Hermano. *tentando.*

Egid. Dexame.

Fer. ¿ Que es esto? ¿Que quieres decir ?

Ofic. ¿ Porque esa confusion , y silencio *á Odoardo , Egidio , y Luisa.*

Luis. Señor... *temblando*

Ofic. ¿ Temblais ?

Luis. No Señor... *disimulando.*
¡ Dios mio ! ¿ Que es esto ? *apte.*

Ofic. Hablad.

Condes. Si no temiera ofenderos. *acercandose sumisa*

Ofic. Proseguid.

Condes. ¡ Ah ! no : vos soys bueno : soys clemente , y no nos negareis la gracia de besaros la mano.

Egid. Y yo , Señor , y yo... Aqui teneis tambien á mis hijos... *por Odoardo. y Luisa. todos llorando.*

Fer. ¿ Que es esto ? Ahora caygo en sospecha.

Ofic. ¿ Que lagrimas son esas ?

Egid De ternura.

Ofic. ¿ Pero por que ?

Condes. Concedednos el jubilo de pronunciar vuestro glorioso nombre sin temor de disgustaros.

Egid. ¡ Ah Señor ! dignaos , de que nos echemos á vuestros pies. Estas lágri- *se arrodillan.* mas... nuestro corazon os ha reconocido.

Ofic. ¡ Ah ! si , lo mereceis , y yo he resistido demasiado.

Condes. ¡ Justo Cielo !

Luis. ¡ Nuestro Padre !

Odoar. ¡ Nuestro Soberano !

Egid. ¡ Invicto y glorioso Emperador !

Fer. ¡ Ay Dios !... Hijos mios , ayudadme... yo tambien , yo tambien... quiero besar sus invictos pies , y despues moriré contento. *se echa à sus pies á tiento.*

Ofic. Basta , amigos mios, *enternecido.* basta : vuestras dulces làgrimas arrancan las mias... levantaos ; abrazadme... Aqui teneis à vuestro Padre , vuestro amigo , y defensor.

Fer. El cielo conceda larga y feliz vida á tan buen Padre.

Egid. Que , si es posible , nos quite los dias de nuestra exîstencia , para añadirlos á la vuestra.

Ofic. Estos tiernos, y sínceros votos me penetran el corazon , y alegran mi alma mejor que los vivas , y aclamaciones de toda una poblacion. Aqui todo es candor , pureza y verdad.... ! Dichosos los momentos que he pasado en vuestra compañia! Yo los debo à la vanidad de unas almas vulgares amigas de la ignorancia , y de la propia fortuna... Aqui , aqui residen , como en su asiento, los sentimientos generosos , y llenos de virtud... Jamás , jamás apartaré de mi memoria estos preciosos instantes.

Sale Lucia

Luc. Señor , dos que llevan el mismo uniforme que vos , os buscan ; además casi toda la nobleza del Pueblo desea entrar aqui dentro.

Ofic Por que ?

Luci. Por ver al Emperador... Dicen que está aqui... ¡Que locura !

Luis. ¡ Ah ! ¡ Lucia !

Luci. Los mas nobles, el Señor Presidente, padre de Odoardo, los Barones Wolfen, y Splin, las dos Baronesas de Stolen, y la... no me acuerdo; el Cavallero... vos sabreis como se llaman, y otros muchos, han entrado en el Tallér donde están los marmoles, y estatuas, y piden permiso para presentarse.

Ofic. ¿ El presidente? ¿Las Baronesas? Los vere de buena gana : que entren.

Lucia se distrae.

Egid. ¿ Lo has oido ?

Lucia. Si señor. *vase.*

Ofic. ¿ Lo creereis, amigos ? Ellos me consideraron indigno de su compañía... este sencillo vestido no les persuadió.

Fer. ¡ Oh ! á la verdad mas ciegos que yo... Vos que con sola una mirada los hubierais oprimido...

Ofic. Yo me rio, y los compadezco.

Condes. Ya llegan.

Ofic. Ellos son.

Salen las Baronesas de Stolen, y Wiltz. los Barones Wolfen, y Splin, el Cavallero Brom, y el Presidente.

Wolf. Servidor de Vms.

Brom. ¿ Quien es el amo de casa ?

Egid. ¿ Que se os ofrece ?

Wiltz. Aqui está tambien aquel Oficial.

Stol. El por todas partes se mete, si lo hubiera sabido, no hubiera venido.

Brom. Mirad ahi à la Condesa: hasta *á las Baronesas.* aqui á venido à buscar su nuevo enamorado.

Egid. ¿ A quien buscan Vms., Señores mios ?

President. Al Emperador.

Egid. ¿ Os parece Señores, que sea este parage para buscarle ?

Presid. Eso mismo decia yo. El no hubiera preferido un artífice à la nobleza.

Stol. ! Que simpleza la del que dixo que aqui se hallaba ! Nos ha hecho andar de Palacio à la casa de postas, de esta, aqui... vaya... vaya... ¡ ignorantes !

Wiltz. Apuesto yo que el Emperador ni tampoco sueña el venir à este pais, no obstante las voces que se han divulgado.

Ofic. ¿ Y que pretenden Vms. de él ?

Presid. Es de nuestra. obligacion el cumplimentarle, y ofrecerle nuestra servidumbre, la que es preciso que acepte, respeto à que somos los primeros personages de la Ciudad.

Ofic. Yo discurro que apenas son Vms. los ultimos.

Presid. ¿ Que decis ?

Odoar. (*apte.*) Si al menos tuviese arbitrio para avisar à mi padre.

Presid. Respondedme vos. *á Egid.* ¿ Es verdad, ó no, que el Emperador ha entrado en esta casa ?

Egid. Yo no he visto sino á este Cavallero Oficial.

Ofic. Obscuro, sin Titulos, é indigno de vuestra sociedad, y tal vez de vuestra vista.

Stol. Somos nosotros mas locos en escucharos.

Ofic. Asi es.

Stol. Vamonos.

Presid. Vamos.... ¿ pero que veo ?..." *ve á su hijo.*

Odoar. ¡ Ah padre mio !.... Aqui teneis á vuestros pies...

Presid. Indigno, y te atreves contra mis órdenes à freqüentar esta casa indigna, pues sus moradores te han seducido ?... Te arrepentirás. *hace que parte.*

Odoar. Deteneos.

Presid ¿ Como detenerme ¿ Acudiré á los Tribunales, implorarè su socorro, y alcanzaré para ti una dilatada prision, y una reclusion para ella.

Ofic.

Ofic. Los Tribunales bien informados no os escucharán.

Presid. ¿Por que?

Ofic. Porque ellos están legitimamente casados, y no obran injustamente.

Presid. Su matrimonio es nulo, y criminal. Estos viles plebeyos han seducido á mi hijo.

Ofic. No son capaces de tal baxeza... ¿Plebeyos?... ¿Que nombres dais à las gentes virtuosas? Un excelente Escultor que con sus obras hace honor á su Patria, y un Letrado, no son plebeyos, como decis, y pueden decorosamente unirse con una familia, que es noble de dos dias acá.

Presid Vos aqui nada teneis que ver. Yo se lo que debo hacer con estas gentes.

Emperador. ¿Y que hareis, hombre vil, miserable y vergonzoso? Escuchadme: os hablo en nombre del Emperador: es sabedor de este matrimonio, y le aprueba. Si la virtud no basta á satisfacer, à quien no tiene alguna, si es necesario igualar una nobleza comprada por un padre Tahonero, sabed que ella es hija del Conde Egidio, Conde por merito, y no por impostura, y Sobrina de un Consejero de S. M. ¿Basta esto para acallar vuestro orgullo?

Presid. ¿Pero de quando acá obtinen ellos esos Titulos?

Emper. Desde que habeis desmerecido los vuestros.

Presid. Pero Señor Oficial...

Emper. Callad, y no me obligueis á que hable mas.. Amigos mios, con- *á los esposos Padre, y Tio.* solaos. Si veis premiada vuestra virtud á ella sola lo debeis. Ya es tiempo que nos separemos... Acordaos que aqui dexo unos amigos: y estad seguros que en todas ocasiones teneis en mi uno que os estima.

Condes. ¡Ah Señor!

Egid. ¡Nuestra gratitud!...

Emper. Quedaos, y callad... *Al salir el Emperador los niños le saludan con las espadas.*

¿Y estos señoritos, quedarán olvidados? A Dios, Teniente: *al menor.* à DiosCapitan... *al mayor.* Y vosotros, Cavalleros y Barones recibid un com- *severo.* pasivo recuerdo: olvidad el orgullo, y respetad à todos. Y tened entendido que el hombre que defiende à la Patria, merece el aprecio de todos, y que la primitiva, y verdadera nobleza está apoyada en la virtud. *v.*

Stol. Yo quedo admirada, y nada entiendo de estos discursos.

Volfen. Hemos tolerado una severa reprehension sin responderle una palabra.

Cond. Mejor para vosotros.

Condes. Dad gracias al cielo.

Stol. ¿Pero quien es este Oficial?

Condes. ¿Y aún no le habeis conocido?

Cond. ¿Quereis saberlo?

Stol. Si.

Odoar. ¡Ay padre mio!

Presid. ¿Y bien?

Odoar. Es el mismo Emperador.

Stol. ¿El Emperador?

Presid ¡El Emperador!

Wiltz. ¡Ay de mi!

Volf. ¡Justo cielo!

Brom. ¡Es posible!

Splin. ¡Como!

} *Todos á un tiempo admirados.*

Egid. El mismo en persona. Vean Vms. ahora si ha preferido la morada de un infelíz Artista, al palacio de la mas distinguida nobleza.

Presid ¡Ah ingrato hijo! Tu me has perdido.

Odoar. Padre, me era imposible el deciros ni una sola palabra.

Stol. Estamos perdidos...¿Que harèmos?.. huyamos...

Cond. Deteneos: si admitis un consejo saludable, él solo os puede sacar de vuestra confusion: os le propongo como amigo. Este caso no os injuria: tie-

tiene un tanto quanto de ridiculo; pero nada de culpa. Pedid perdon postrandoos á tan generoso Principe, que estoy seguro de que os perdonará y todo finalizará en paz... Pero si sois prudentes, sacad de lo que os ha pasado toda la posible utilidad. Aprended à ser cautos en lo succesivo, bonda sos, y no altaneros: politicos con l iguales, humanos con los inferiores, dociles con todos. ¿Habeis oido lo q dixo el Emperador? Estas son l virtudes que distinguen, y forma el caracter de la verdadera noblez

FIN.

BARCELONA:

POR AGUSTIN ROCA.

A costa de los Libreros asociados.